

de conalina y sus prendedores de oro "doblé" y piedras falsas. Los indios y ranche-ros de las cercanías, de varias leguas en contorno, se dan cita para reunirse en Zaulán, donde pueden oír misa y hacer compras y provisiones para el resto de la semana. Es una verdadera feria, semejan-te á las que en la Edad Media se celebra-ban á la sombra de las iglesias, y que reci-bieron por eso el nombre de "kermesses." En tales días como esos, el desierto habi-tual del mercado se trueca en una verda-dera Babilonia de gente apiñada, voces clamorosas y ruidos de todo género; y los rústicos y rústicas endomingados se dan gusto por aquellos laberintos devorando fruta y dulces, bebiendo agua fresca, y comprándose zapatos bastos, sombreros con grampas, y telas rumbosas para sus vestidos.

II

Uno de esos domingos precisamente, y acaso aquel en que la concurrencia de los lugareños comarcanos había sido más nu-merosa y compacta, fué cuando Patricio Ramos tuvo la mala idea de ponerse una de las monas más descomunales de su vi-

da; y eso que eran incontables las de pa-dre y señor mío que había pescado ya en su no larga existencia. Patricio era un mo-zo de cuando más veinticinco años "bien dado," como suelen decir los ranche-ros; esto es, alto, fornido, rebosando salud y satisfacción por todos sus poros. Como guapo, podía rivalizar con los mejores, pues, aunque moreno, tenía facciones co-rrectas, ojos vivaravhos, nariz fina y dentadura blanca y apretada. La escasez de su barba, que no pasaba de un ruín y lacio bigotillo, le daba una apa-riencia todavía más juvenil que la que re-clamaban sus años; pues era un adolescente por su aspecto y parecía estar en los lími-tes indecisos de la infancia y de la juventud.

Pero aquel tierno mancebo que inspira-ba interés por los rasgos de su exterior, era mozo pervertido, vicioso y corrupto, que desde su más temprana edad había da-do quince y raya á los más atrevidos, des-vergonzados y libertinos de Zaulán y de las rancherías inmediatas. El amor que te-nía al vino, más que inclinación, más que costumbre, parecía delirio febril, tema de loco, frenesí desencadenado, pues en apu-rando la primera copa, tenía que apurar la segunda, la tercera, la centésima, como hi-drópico que no se sacia de beber agua, ó peregrino que, al pegar los labios á la fuente, parece que no ha de separarlos de

ella hasta dejar agotado el manantial. Ojalá hubiese sido el estado comatoso la consecuencia de aquel desenfreno; todo se hubiera reducido en tal caso, á un pesado y prolongado letargo y á una "cruda" de primer orden, sin quebranto de los intereses ajenos, ni peligro de la vida ó integridad de los cuerpos de las otras personas. Pero nada de eso; por más que empinase el codo, siempre se tenía firme sobre las piernas, sin perder la fuerza del brazo ni el uso de la suelta lengua y de la fácil palabra: que no parecía sino que aquel organismo de roble, había sido hecho para resistir las más recias acometidas de la intemperancia. Pero, como no era posible que su tubo digestivo se convirtiese en cuba alcohólica impunemente, ni hubiera sido natural que los litros de alcohol que ingurgitaba, dejasen de exhalar hacia arriba sus emanaciones; era de ver como aquellas asombrosas cantidades de espíritus que iba almacenado, le subían en derecha al cerebro, todos, en tropel, sin faltar uno solo, y sin que uno solo de ellos tampoco, le bajase á las piernas para debilitárselas, ó se le refugiase en los ojos para adormecérselos, ó en la lengua para paralizársela. De esto se lamentaba todo el mundo, porque Patricio Ramos en aquellas condiciones, era una calamidad en toda regla, un azote para cuantos se hallaban á su alcance.

Un león cuya cueva ha sido invadida, un toro salido del toril con una moña en la frente, un lobo hambriento en medio de las ovejas, no son más feroces, ni más agresivos, ni más espantables que lo era aquel mancebo en esas circunstancias. Naipes, mujeres, machetazos y tiros, todo lo necesitaba Patricio para "pasearse" y á todo apelaba por turno; pero de un modo tan excesivo y desenfrenado, que ponía espanto y horror hasta en los corazones más animosos.

Ya se sabía en Zaulán, que cuando Patricio se embriagaba, tenían que realizarse grandes y ruidosos escándalos, y que era preciso obrar con prudencia y andarse con pies de plomo en aquellos conflictos; pues por quitame allá esas pajas, por una mirada insistente, por una tos casual, ó por cualquier otro hecho insignificante, pero que pareciese desdeñoso ó provocativo, se podía armar la de Dios es Cristo con aquel loco, que no sabía de bromas ni de fanfarronadas estériles. Todo el pueblo conocía las hazañas de Patricio. Contaban que "debía" ya dos muertes, y se hablaba de numerosas heridas y contusiones inferidas por él á valentazos titulados que habían pretendido ponérsele al frente, aunque con éxito tan infeliz, como el de quien hubiese querido detener un torrente con la palma de la mano. Mas ¿por qué no ha-

bía caído en manos de la justicia? Nadie lo sabía á punto fijo. Era probable que fuese por el mismo miedo que á todos les infundía, pues no había quien quisiera echar sobre sí la responsabilidad de una delación ó de una declaración verídica ante juez competente. Si Patricio resultaba absuelto por los tribunales—como suele suceder con tanta frecuencia en tratándose de los más feroces malhechores—, ó bien si no era condenado á muerte y llegaba á salir de la cárcel; ya tendrían sus delatores ó los testigos que hubiesen depuesto en su contra, motivo de alarma é inquietud para el resto de su vida, pues nunca dejaría el rencoroso joven de perseguirlos con su odio. Así era, pues, como aquel desalmado parecía gozar el privilegio exclusivo del desorden, del insulto y de la violencia en Zaulán y en sus cercanías.

El domingo de que hablábamos, había amanecido el tal, desvelado y nervioso, por haberse pasado en un rancho donde hubo fandango, toda la noche; y para soportar la trasnochada, había empinado el codo de lo lindo por más de doce horas consecutivas. Bien entrada la mañana, y cuando el sol estaba ya alto, fastidiado de la música serrana y del baile de los rancheros, montó su caballito moro y se dirigió al pueblo en busca de teatro más vasto y de más amplios horizontes para

sus proezas. A la entrada de Zaulán se detuvo en el tendajo de Don Crisanto Gómez, llamado el "Pavo," por tener en el frontis pintado un volátil de ese género, haciendo la rueda, con la cola de pintadas plumas bien elevada y extendida en forma de abanico.

Luego que don Crisanto le vió venir, se puso lívido y habló por lo bajo á su mujer, que aun no era muy vieja, para que se marchase de la tienda. No bien se había puesto en cobro la amedrentada matrona, entró por la puerta del frente, sin apearse del caballo y como un torbellino, el desahogado jinete.

—¡A la giiena de Dios, don Crisanto!, gritó Patricio al hacer irrupción en el estrecho local. ¿Qué es de su giiena vida?

—Aquí pasándola, lo mesmo que siempre.

—Sólo que jaciendo muchos pesos con su comercio.

—Ansí lo quijiera Dios; pero no es ansina. Apenas me sostengo yo y mi familia.

—A ver, don Crisanto, tenga la fineza de servime un cacho de vino.

—¿Tequila?

—Sí, del más mejor que tenga; más que sea del viudo de la viuda del frabicante.

El tendero tomó una botella de á litro,

de vidrio verde, que estaba tapada con un pedazo de holote, y puso sobre el mostrador la medida ordinaria de cristal para servir el aguardiente.

—¡Y yo pa qué quero esa miseria, don Crisanto! Ese dedal sírvaselo á su señora madre; á mi deme como á los hombres, gritó el jinete.

—No te esaltes, Patricio, repuso don Crisanto poniéndose todavía más pálido. ¿Qué tanto quieres qué te dé? Aquí estoy pa servite.

—Pos écheme de una vez medio cuartillo, no sea tan pedido de por Dios.

El tendero cogió el vaso destinado al agua y lo llenó de aguardiente, no sin hacer ruido de campanitas al golpear con mano trémula vidrio contra vidrio.

Patricio se inclinó, cogió el vaso y le apuró de un sorbo.

—Este vino no es más que una pura tarugada, dijo golpeando el mostrador con la vasija vacía. De buena gana les diera yo una agarrada á esos frabricantes. Ya ni con una botija se puede uno emborrachar; es la viva agua.

Acabando de decir esto, salió á la calle gritando:

—¡Aquí está Patricio Ramos, desgraciados!

Don Crisanto, aunque no había recibido la paga, se alegró de verle desaparecer,

creyendo que iba á dejarle libre; pero bien pronto salió de su error, pues Ramón tomó su tienda como centro de operaciones para ir y volver, beber dentro, hacer escándalo afuera, y gritar y llamar la atención de vecinos y transeuntes con vociferaciones, insultos y obscenidades.

Por lo pronto, el muchacho ebrio anduvo "calando" el caballo en medio del arroyo. Le hirió los ijares con las agudas espuelas, le aflojó la rienda, inclinó el cuerpo hacia adelante, y se entregó por unos momentos á una carrera vertiginosa. Tan luego como el animal hubo entrado en plena violencia, de pronto, bruscamente, tiró de la brida hacia atrás echando el busto sobre las ancas de la bestia, y ésta al sentirse enfrenada, se sentó sobre los cuartos traseros levantando los delanteros para detenerse, y llegó hasta rozar el polvo con las ancas; pero había sido tan grande la velocidad adquirida, que aun así, no pudo pararse de pronto, y en aquella posición resistente, hecho un ovillo, avanzó todavía corta distancia, dejando en el suelo dos rayas anchas trazadas con las pezuñas posteriores.

Luego volvió Patricio hacia atrás á toda brida, y al llegar en dirección de la tienda, sentó otra vez el caballo y lo "quebró," haciéndolo dar vuelta hacia un lado. La bestia, detenida de pronto, enco-

gida, y resbalando sobre los cuartos traseros, giró rápidamente sobre una pezuña, y como tenía las delanteras en el aire y levantó otra de atrás para obedecer á la mano que le gobernaba, no conservó más punto de apoyo que aquella pata, y sobre ella, como sobre un pivote mecánico, hizo el movimiento rotatorio. Entretanto, el jinete se mantenía tan firme sobre los lomos de la bestia, como si estuviese cogido á ellos con tornillos ó cinchos de hierro. El polvo de la calle sin pavimentar se levantaba en blancas nubes con aquellos escarceos, y Patricio, medio velado por atmósfera caliginosa, aparecía á los ojos de los circunstantes, que en grupos y á distancia miraban la escena, como hombre misterioso, sobrehumano y diabólico.

Y tanto más aumentaba el pavor supersticioso de la gente, cuanto que Ramos, echándose atrás el ancho sombrero de palma que iba sostenido por el tirante barboquejo, no cesaba de gritar.

—¡Aquí está Patricio Ramos, pa servirles! ¡aquí y onde quera!

—¡Soy más hombre que cualquiera, collones!

—¡Aquí tienen á su padre; yo soy su padre, hijos de la desgracia!

Y otras cosas peores y que no son para dichas.

Al “quebrar” el penco, metióse de nuevo y como exhalación por la tienda del Pavo, y allí, en el espacio reducido que quedaba entre el mostrador y los muros exteriores, le obligó á cejar, sin levantar las patas delanteras, haciéndole caminar hacia atrás por todas partes, y á quebrar con estrépito los cántaros y las ollas de barro que amontonadas se veían por los rincones. El moro era un potro criollo, de corta alzada y un poco trasijado, pero tan vivo, nervioso y rápido como un fino resorte de acero. Patricio se miraba en él, como suele decirse, porque no había otro caballo que le llenara tanto el gusto como ese; y hasta parecía que se entendían á maravilla bestia y jinete. Cuando alguna vez era montado el moro por algún otro rancharo, se mostraba tan mañoso y testarudo, que ponía en peligro la vida del valiente, y le dejaba desganado para volver á cabalgarlo. Unas veces se “armaba,” clavándose con las cuatro patas inmóviles donde le daba la gana, sin avanzar ni retroceder aunque le destrozasen el hocico tirándole hacia adelante por la brida, ó le azotasen las ancas duramente por detrás; no hacía más en tales casos que balancear el cuerpo con dirección á la retaguardia, y extremercerse de pies á cabeza con temblor de pena y rabia al sentir el azote. Otras veces metía la

cabeza entre los cuartos delanteros y se daba á hacer corcobos tan altos, ondulados y bruscos, que no había jinete que los resistiera. O bien, asustándose de su propia sombra, saltaba de improviso hacia algún lado desarzonando al jinete ó lanzándolo al suelo en un santiamén.

Patricio, por su parte, cuando montaba otro caballo, se sentía incompleto, fuera de su centro é incapaz de hacer las suertes, "galanas" y extravagancias á que era tan dado.

Pero en juntándose él y el moro, iba todo á pedir de boca. El caballo no se "armaba" nunca, ni daba carcobos, ni se asustaba, como si tuviese conciencia de la carga que llevaba áuestas; y Patricio, á su vez se sentía listo y ligero, capaz de todo, teniendo á su disposición aquel organismo fuerte, raudo y exquisito, que sabía secundar tan perfectamente sus caprichos y locuras.

Ibamos diciendo que el jinete hizo al moro cejar por toda la tienda. No contento con eso, y terminado aquel escarceo, le llevó junto al viejo, mugriento y vacilante mostrador, é hincándole las espuelas, le obligó á alzar en alto las patas delanteras, y á posarlas sobre aquella armazón de madera, que se dió á temblar como si tuviera miedo.

—Aquí tiene otro giien marchante, don Crisanto, dijo con ironía refiriéndose á la

bestia. A ver si me le va dando un trago de vino.

—Patricio, me tumbas el mostrador, exclamó el tendero con angustia.

—¡Y á mí qué diantres me importa! ¡Que se lo lleven los diablos! ¡Ponga vino pa mí y pa mi caballo!

Don Patricio sirvió dos vasos de tequila y los puso sobre la tabla.

—¿Y cómo quiere que lo beba el moro ansina? ¿Pos qué le ve trompa de elefante pa metela en el vaso? ¡No me haga tantas y le pegue una cintariada!

—¡Pos cómo quieres!

—Pos sírvale media botija en un librito pa que meta el hocico. Mi penco vale más que usted.

Así lo hizo el tendero. Sacó de debajo del mostrador un barreño rojo, vidriado y de buen fondo, y casi lo llenó de aguardiente. Patricio, sin desmontar, quitó el freno al moro dejándolo pendiente de las cabezadas, y la bestia, después de dar algunos resoplidos, metió los belfos en el traste y bebió el líquido corrosivo, como si fuese agua de la fuente. Se conocía que estaba hecho á aquellos tragos.

—Agora, dijo Patricio, póngale el bocado y la barbada.

El tendero procuró obedecer, pero estaba tan emocionado, que no pudo introducir el bocado en el hocico del intratable animal, é hizo tantas tentativas inúti-

les, que el moro comenzó á dar trazas de enfurecerse. Patricio, con un tirón brusco suplió la torpeza, logrando poner en su lugar el bocado, é inclinándose desde la montura, colocó la barbada como era debido. Por desgracia se le había metido en la cabeza que don Crisanto había querido reirse de él, y tratado de asustar al moro para que corriera sin freno y le matara. Y como había apurado un nuevo vaso de aguardiente, estaba ya en el colmo de la exaltación y de la locura. Así que, terminada la faena y puesto el caballo en su posición natural, encarándose con don Crisanto, le apostrofó, diciéndole:

—Ora lo verá, viejo desgraciado, ¡yo le enseñaré á burlarse de los hombres!

—¡Por el amor de Dios, qué te he jecho!, suplicó don Crisanto.

—Esto me ha jecho... ¡esto! ¡esto!

Y acompañando la acción á la palabra, descargó fuertes golpes de plano sobre la cabeza del pobre tendero, que procuraba guarecerse detrás del mostrador. El acero sonaba con ruido metálico sobre el cráneo del infeliz, quien apenas acertaba á defenderse con los brazos. Al ruido de los golpes y de las interjecciones, salió la esposa de la trastienda, y al ver á su marido tan maltrecho, se dió á gritar á voz en cuello:

—¡Auxilio! ¡Auxilio!

Y llorando y clamando con estrépito, metió pronto un escándalo enorme.

—Cállese, vieja, no sea tan argüendera, vociferaba Patricio.

Pero la buena mujer esforzaba más la voz, á medida que más le intimaba silencio; é interponiéndose como fiera entre don Crisanto y su agresor, recibió por acaso algunos cintarazos que no le iban dirigidos. Esto la hizo elevar más y más el diapason de los gritos en demanda de socorro.

—¡Nos matan! ¡nos matan! ¡vecinos!, gemía en altísimas voces.

A Patricio le embrolló la cabeza aquel guirigay y le causó fastidio la escena; así que regalando al matrimonio con algunos enérgicos apóstrofes, hincó las espuelas en la panza del moro, y salió disparado de la tienda. Al verse en la calle, envainó la espada y sacó la pistola. Seguramente la ruidosa aventura que dejaba á la espalda, le había exaltado los nervios; el caso es que por este ó por cualquier otro motivo, buscando algún desahogo á su ira, hizo un disparo al aire y gritó varias veces:

—Aquí está Patricio Ramos, hijos de la tiznada!

Entretanto, el moro enloquecido también por los humos alcohólicos, bailaba, sacudía la cabeza, bufaba, y abierta la na-

riz, parecía aspirar viento de riña y de desórden.

III

Así llegaron caballo y caballero hasta el mercado, en los momentos en que eran mayores la animación y el gentío en aquel sitio. Como rayo cayó Patricio en medio de la muchedumbre, gritando, injuriando y atropellando á todo el mundo. Luego se introdujo el desórden, cundió el pánico por todas partes y comenzó la desbandada.

—¡Es Patricio borracho!, gritaban cien voces.

Y hombres, mujeres y chicuelos corrían á más y mejor para ponerse en cobro, con grandes chillidos de niños y de hembras. Únicamente los comerciantes permanecieron firmes en sus puestos para cuidar sus cosas, aunque descomodados y llenos de susto, como verdaderos mártires.

Ramos hizo irrupción como una tromba por las callejas estrechas del mercado, derribando mesas, techumbres de estera y cuanto al paso se encontraba.

—¡No juigan, que no como gente!, clamaba provocativo.

Y procuraba calmar á las vocingleras expendedoras de legumbres y de frutas, diciéndoles:

—No tengan cuidado, mialmas, que traigo las riendas en las mano. Nada les pasa.

Y metía el caballo por todas partes, como un relámpago, conduciéndolo con mano tan diestra y firme, que á pesar de lo angosto de los caminos y de los mil obstáculos que los embarazaban, pasaba por donde quiera sin hollar las verduras ni reventar las sandías ni los melones. El moro, á pesar de su excitación y de la rapidez de sus movimiento, sabía poner las pequeñas y redondas pezuñas en los intersticios que había por aquellos lugares, con tal premura y precisión, que parecía maravilloso.

En esto concluyó la misa, y comenzó á salir la gente de la iglesia; circunstancia que llamó la atención de Patricio, é hizo cambiar el rumbo de sus ideas.

A rienda suelta se dirigió á la puerta del atrio para ver el desfile, con las mismas vociferaciones y amenazas que lo acompañaban por donde quiera.

Impaciente y anheloso aquel día más que ningún otro, de atropellarlo todo y de causar el mayor escándalo posible, espoleó al moro hacia el espacioso cementerio, y le hizo subir á brincos la gradería

que conduce á la esplanada interior. Al verlo aparecer atropellando á los fieles y gritando palabrotas, corrió despavorida la gente, procurando ponerse á cubierto de la agresión; como suelen las aves de corral dispersarse espantadas en todas direcciones cacaraqueando y agitando las alas, cuando el gavilán, cerrando las espirales que traza en el espacio, se deja caer de improviso en medio del gallinero.

Desgraciadamente asomó en aquella coyuntura por la puerta del templo, la bonita y salerosa preceptora del pueblo Serafina Palomo; doncellita de poco más de veinte años de edad, rosagante y de ojos encantadores.

Venía acompañada de su abuela doña Simona, viejecilla flaca y encorvada, que llevaba á cuestas con visible trabajo la pesada carga de sus años. Patricio, antes de ahora, había visto algunas veces á Serafina, y quedado boquiabierto ante su lindo palmito; pero como en aquellas ocasiones no había absorbido los litros de alcohol que ahora paseaba en el cuerpo, la había contemplado con admiración y respeto, como á ser superior y en el cual no le era dado poner los ojos. Ahora que estaba animado por tantos espíritus malignos, no entendía de consideraciones ni de miedo; lo único que le dominaba era el impulso irresistible de dar rienda suelta

á sus deseos y de satisfacer sus pasiones.

—¡Aquí viene la meistrita!, clamó alegre. ¡Cuánto me cuadra su güena persona por chula y por destruída!

Y se dirigió á ella haciendo saltar al moro y sentándolo de súbito. Serafina y doña Simona, sobrecogidas de susto, gritaron y buscaron auxilio ó refugio en derredor con la mirada. No encontrándolo á la mano ni hallando otra cosa mejor qué hacer, volvieron atrás precipitadamente y se metieron de nuevo en la iglesia. Patricio vaciló un momento; pero al fin, soltando la rienda al caballo, entró en pos de ellas por el postigo del templo. El sacristán, que era un indio descalzo y de calzón blanco, pretendió estorbarle el paso y cerrar el postigo; pero Ramos le atropelló bruscamente y le puso en fuga precipitada. Las pezuñas del moro retumbraron sonoramente en el entablado de madera y fueron repercutidas por las viejas bóvedas donde nunca habían hallado eco tan brutales tropelías.

Al estrépito salió el cura, que acababa de decir la misa, todavía con el alba puesta.

—Es la casa de Dios, dijo á Patricio. ¡No la profane usted, desgraciado!

—Señor cura, contestó Ramos, usté me dispense mucho, pero de esta jecha me

llevo á la meistrita aunque se suba al altar mayor.

Y yendo tras ella, le cerró el paso de la sacristía.

—Meistrita, siguió diciendo, si usted quiere que me salga de la ilesia, me salgo; pero se ha de venir conmigo.

La preceptora no contestó ni sabía lo que hacía; todo su empeño era escapar del peligro huyendo por alguna puerta, hendedura ó agujero, ó metiéndose debajo de cualquier mueble.

La abuela intervino.

—¡Borracho!, dijo. ¿Qué no ve dónde estamos?

—Cállese la boca, repuso Patricio desenvainando la espada, si no quiere que le pegue una giiena cintariada.

—¡Maldito!, prosiguió la anciana, ¿no respeta el templo?

—Maldita usted, vociferó Patricio levantando la diestra para escarmentar á doña Simona.

El cura se interpuso, y acercándose á Ramos, cogió al moro por la brida haciéndole encabritarse. Ramos furioso descargó el cintarazo que destinaba á doña Simona sobre la mano del párroco, obligándolo á soltar la brida.

—A mí ninguno me ningunea, señor cura. gritó, aunque se ponga casulla.

Entretanto, era indescriptible la agita-

ción que reinaba en la iglesia. Los fieles que todavía no habían salido y los que habían retrocedido para presenciar el escándalo, asistían indignados á la escena inaudita. Algunos corrieron al Ayuntamiento en busca de auxilio. Otros, al ver menospreciados los objetos de su adoración ó de su respeto, gritaban:

—¡Fuera! ¡fuera!

Patricio, de súbito, se vió rodeado por un grupo resuelto; pero no se arredró.

—Me parecen pocos, clamó con fiereza; soy hombre, y tengo pa todos. A puros azotes voy á correlos.

Fué una batida repugnante, nunca vista. Serafina huyendo con su abuela y el párroco; los campesinos procurando rodear, desarzonar y derribar al jinete, y éste corriendo tras los fugitivos, vociferando como energúmeno, y derribando y golpeando opositores á diestra y siniestra.

La brutalidad y el dolor acabaron por introducir el pánico entre los rústicos, que jadeantes y contusos comenzaron á dispersarse.

—¿Ya lo ve, meistrita?, gritó Patricio. Todos esos no me sirven pa nada. Vén-gase conmigo y se acaba el escándalo.

Serafina, fuera de sí, pensó que tal vez sería mejor obedecer, para que no continuase la violación del templo.

—Está bien, señor, repuso trémula y con acento sumiso y lagrimoso.

—Ansina me cuadra, meistrita, véngase pa la silla, repuso Ramos. Y echándose á las ancas del moro, dejó libre la montura.

IV

En aquellos momentos entró por la puerta de la iglesia don Roque Guerrero, hombre de pelo en pecho, presidente municipal, y por tanto, suprema autoridad de Zaulán. Venía acompañado de cuatro hombres pertenecientes á la ronda, los cuales portaban enormes fusiles del tiempo de la Independencia. Y juntamente con ellos penetró por el templo un buen golpe de gente.

Al enterarse don Roque de lo que pasaba, detúvose unos instantes para deliberar, y dijo rápidamente á sus subordinados:

—Si no me obedece, hacen ustedes puntería, y le pegan en la chapa del alma.

Pero antes de que llegara el "auxilio" hasta el sitio donde continuaba el escándalo, se presentó en escena otro personaje.

Era un anciano trémulo, débil, de paso vacilante. Vestía chaqueta y calzoneras de

cuero, llevaba la cabeza envuelta en un pañuelo y cogía el ancho sombrero de palma, que se había quitado, con la mano siniestra. A merced del desórden y colándose entre la muchedumbre, logró acercarse al jinete; y esforzando la voz cuanto pudo, gritó:

—¡Qué es eso! ¡Patricio, qué es eso!

Ramos, al verle llegar, levantó la espada é iba á descargarla sobre él, cuando lo reconoció.

—¡Mi señor padre!, murmuró con espanto.

—¡Pie á tierra, malcriado!, ordenó el anciano con imperio. ¡Pie á tierra!

—Sí, señor padre, lo que usted ordene, repuso Patricio, calmándose como por encanto y con tono y semblante de niño obediente. Lo que usted guste, señor padre, lo que usted guste.

—¡Pos abajo, al momento!

Obedeció Patricio.

—¡A ver acá la espada!, intimó el viejo.

—Aquí la tiene su mercé. Y Patricio puso el arma en las manos marchitas de su padre.

—¡A ver las riendas del cuaco!

—Aquí están, señor padre.

—A ver tú, dijo el viejo dirigiéndose á uno de los presentes; agarra esas riendas mientras lo ajusticio. Aquí la jizo y aquí la debe de pagar.

Y empuñando la espada, la descargó sobre el mocetón. Y le derribó el sombrero, y le golpeó el cráneo, y le cruzó el rostro sin miramiento ni consideración, con la parte plana del arma.

Entonces presenciaron los circunstancias una escena extraordinaria. Patricio, que por nada se contenía, que no temía nada y que nada respetaba, ni á los ministros del altar, ni la casa misma de Dios, cayó de rodillas humildemente para recibir aquel aguacero de golpes.

—Su mercé manda, decía, y puede hacerme lo que quera.

Y le besó los pies repetidas veces. Y continuó en aquella actitud reverente hasta que hubo terminado el vapuleo.

Cuando el viejo hubo saciado su cólera, cogió á su hijo por la mano y lo entregó al presidente municipal, diciéndole:

—Yo ya cumplí mi deber; agora falta que la autoridad lo castigue.

Pero don Roque, repuso:

—La autoridad de usted es mejor que la mía. Léveselo usted y acabe de corregirlo en su casa. Por mi parte quedo satisfecho.

A nadie le pareció mal la alcaldada.

—Es buen hijo, pensaban las gentes.

—Señor, perdónale, sabe honrar á su padre, oraba el cura interiormente.

—Después de todo, no es tan malo co-

mo parece, reflexionaba enternecida Serafina ni tiene nada de feo.

Don Roque y sus hombres se apartaron con gravedad; lo mismo hizo el gentío.

Y el viejo, trémulo y encorvado, salió del templo llevando por la mano á su terrible hijo sumiso y con los ojos clavados en el suelo.

